

decir, el vigoroso buen sentido del senescal de Champaña. Pero en cambio le prodigaba consejos de moral práctica. El senescal no era ciertamente un mal hombre; tenía, sin embargo, sus defectos, algunos bastante grandes; bebía el vino puro y prefería siempre el mejor; sensible á los goces de la vida, tenía apego al dinero que los procura, y aunque perfectamente bravo, no exponía su persona más que con su cuenta y razón; orgulloso de su rango, le costaba trabajo considerar á los villanos como hermanos suyos en Jesucristo; en fin, cristiano neto, pero tibio, decía sin vacilar que «más quisiera haber cometido treinta pecados mortales que ser leproso» (1). El rey, que le había tomado cariño á causa de su carácter amable y franco, le exhortaba á la templanza, á la cortesía, á la paciencia, al horror del pecado, á sacar provecho de las amenazas de Dios. La trivialidad de estas máximas quedaba á salvo por la malicia de la expresión. Así, si decía que no deben quitarse los bienes de otro, ni aun para darlos á Dios, el rey añadía: «Porque devolverlos (*les rendre*) es tan penoso, que, hasta diciéndolo, la palabra *rendre* desuella la garganta á causa de las erres que hay en ella, las cuales significan los rastrillos del diablo, que siempre tiran hacia atrás á los que quieren devolver los bienes mal adquiridos.» Guillermo de Chartres notó, por su parte, un rasgo bastante divertido: era durante la sesión de un parlamento; una dama en otro tiempo bella, de una edad madura, muy cuidadosamente ataviada, entró en el cuarto del rey, con la esperanza, se supone, de llamar su atención. «Pero el rey, preocupado, dice Guillermo de Chartres, de la salvación de esa dama, llamó á su confesor y le dijo en voz baja: «Quedaos aquí y escuchad lo que voy á decir á esta mujer que quiere hablarme reservadamente.» Cuando estuvieron solos los tres, Luis IX añadió: «Señora, yo quisiera haceros acordar de vuestra salvación. Antes fuisteis hermosa, pero lo que ha pasado ha pasado. *Sicut flos qui statim emarcuit, et non durat*. No la resucitaréis esa flor de belleza; poned, pues, todos vuestros cuidados en adquirir la belleza imperecedera, no la del cuerpo, la del alma.»

Este moralista severo y jovial tenía más sencilla bondad natural de la que tienen ordinariamente los moralistas. El confesor de la reina Margarita dice que tenía el corazón «traspasado de piedad hacia los miserables,» y que tenía predilección por los débiles. Se lee en sus *Enseñanzas* á su hijo: «Si un pobre tiene una cuestión con un rico, apoya al pobre más que al rico hasta que la verdad se haya aclarado.» Pero más aún que por estas sentencias generales, la bondad del hombre verdaderamente bueno, bueno y festivo, se manifiesta á menudo por un acto familiar que no deja lugar á duda. Ahora bien: de varias escenas típicas los contemporáneos han tomado al vivo algunos croquis irrecusables. Es, como siempre, Joinville quien ha dejado las historietas más bonitas, las de Corbeil y de Acre (2).

(1) Véase también lo que dice á propósito del fatalismo de los beduinos, quienes creen que no se puede morir más que en el día predestinado: *Seroient fol cil qui serairoient Dieu, se nous ne cuidions que il eüst pooir de nous eslongier nos vies et de nous garder de mal...* (Serían locos los que sirvieran á Dios, si no creyésemos que tiene el poder de alargar nuestras vidas y de guardarnos de mal.)

(2) Hay otras, especialmente en la *Vida* escrita por Guillermo de Saint-Pathus. El rey servía á los monjes de Royaumont en el

En Corbeil, un día de Pentecostés, el senescal y Roberto de Sorbón se habían trabado de palabras en presencia de Luis IX. Maese Roberto, al acusar al senescal de que iba demasiado bien vestido, se había atraído esta respuesta: «Maese Roberto, con perdón de usted sea dicho, yo no soy digno de censura si me visto de vero, porque este vestido mi padre y mi madre me lo dejaron. Vos sí que merecéis reproche, porque sois hijo de villano y de villana, y habéis dejado el traje de vuestro padre y os habéis vestido con un camelote más rico que el del mismo rey.» «Y entonces, añade Joinville, cogí el faldón de su sobrecota y el de la sobrecota del rey, y le dije: «Mirad, pues, si es verdad.» Y entonces el rey se esforzó en defender á maese Roberto con todo su poder.» Pero el buen rey, al ver la tristeza del senescal, no tardó en rogarle que se sentara á su lado, «tan cerca que mi ropa tocaba la suya,» y confesó, para consolarle, que había tenido culpa en defender hacia un instante al pobre maese Roberto: «Pero le vi tan aturrido, que tenía necesidad de que yo le ayudase...»

En San Juan de Acre, en un consejo celebrado para discutir la cuestión relativa á volver á Francia ó permanecer en Tierra Santa, Joinville, casi solo, se pronunció contra la vuelta. «Cuando la sesión se hubo levantado, el asalto empezó contra mí por todas partes: «El rey es loco, señor de Joinville, si os cree contra todo el consejo del reino de Francia.» Una vez puestas las mesas, el rey me hizo sentar á su lado para comer, como lo hacía siempre que no estaban sus hermanos. Pero no me habló en todo el tiempo que duró la comida, lo cual no tenía por costumbre. Y yo creía verdaderamente que estaba incomodado conmigo porque yo había aconsejado que gastara ampliamente su dinero. Mientras oía la oración de gracias, me dirigí á una ventana guarnecida de hierro, que había en sitio apartado, hacia la cabecera de la cama del rey, y tenía los brazos entre los barrotes de la ventana, y pensaba que si el rey se volvía á Francia yo me iría hacia el príncipe de Antioquía, mi pariente, hasta tanto que fuesen libertados nuestros compañeros prisioneros en Egipto. Y mientras estaba allí, el rey fué á apoyarse en mis espaldas y me puso las dos manos sobre la cabeza. Yo creí que era maese Felipe de Nemours y dije: «Dejadme en paz, maese Felipe.» Mas por casualidad, al volver la cabeza, la mano del rey se deslizó sobre mi rostro y reconocí la esmeralda que llevaba en el dedo. Y me dijo: «Estaos quieto, porque yo quiero preguntaros cómo fuisteis tan atrevido que, siendo vos un joven, osasteis aconsejarme la permanencia, contra todos los grandes y los sabios de Francia que me aconsejaban el regreso... ¿Decís, añadió, que tendría yo culpa si me fuera?—Por Dios, señor, sí,» dije yo. Y él me objetó: «Si yo me quedo, ¿os quedaréis?» Y como yo le dije que sí: «Pues bien: estad

refectorio por humildad. Los frailes eran numerosos, y por esta razón el servicio era cansado. «Y como las escudillas eran demasiado calientes, á veces envolvía las manos con la capa, lo cual no le impedía derramar el contenido. Y el abad le decía que ensuciaba la capa, y el bienaventurado rey respondía: *Ne me chaut; j'ai autre*. (No me importa; tengo otra.) Cuando pasaba por Châteauneuf-sur-Loire, una anciana, desde el umbral de su puerta, le interceptó; ella tenía en la mano un pedazo de pan. «Rey, dijo ella, de este pan, que es de limosna, se sostiene mi marido, que está en cama enfermo.» El rey tomó el pan y dijo: «Es un pan bastante áspero;» y entró en la casa.

contento, porque yo os agradezco mucho lo que me habéis aconsejado; pero no lo digáis á nadie esta semana...»

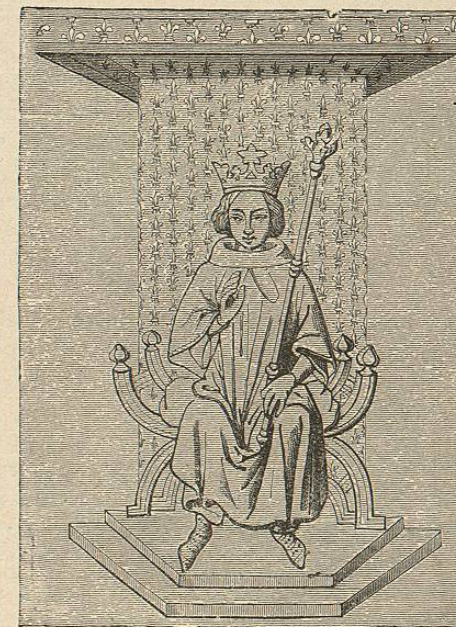
Tanta bondad, tanta delicadeza juvenil y encantadora va á menudo acompañada de debilidad de carácter. Según Godofredo de Beaulieu, ciertas gentes tenían miedo, en efecto, de que un hombre tan bueno fuese un hombre débil. Pero este temor no era fundado. Luis IX no sólo fué en la guerra un cumplido caballero, sino que también dió siempre pruebas, en la conducta de su vida pública y privada, de una energía poco común.

Joinville lo vió y lo presenta, durante la campaña de Egipto y su permanencia en Siria, al principio temerario como un joven, después heroico en la adversidad. Delante de Damietta, «cuando el rey oyó decir que la bandera de San Dionisio estaba en el suelo, recorrió el puente de su buque á grandes pasos, y á pesar del legado, para no abandonar la insignia, saltó al mar, cuya agua le llegaba hasta el sobaco. Y fué, con el escudo al cuello, el yelmo sobre la cabeza y la espada en la mano, hasta sus hombres que estaban á orillas del mar. Cuando divisó á los sarracenos, preguntó qué gente era aquélla y se le dijo que eran los sarracenos; entonces, con la espada debajo el sobaco y el escudo delante de él, hubiera embestido á esa canalla, si los prohombres que le acompañaban no se lo hubiesen impedido.» Durante la lamentable retirada que siguió á la batalla de Mansourah, él dió el ejemplo, aunque atacado de la enfermedad que diezaba el ejército. «Señor, le decía Carlos de Anjou, su hermano, hacéis mal en resistir al buen consejo que os dan vuestros amigos, negándoos á subir á bordo de un navío, porque teniendo que esperar en tierra, la marcha del ejército se retarda y no sin peligro.—Conde de Anjou, conde de Anjou, respondió, si soy una carga para vosotros, deshacedos de mí; pero yo no abandonaré jamás á mi pueblo (1).» Prisionero del soldán y después de los emires, les sorprendió por su sangre fría: delante de la espada ensangrentada de Faress-eddin-Octai no experimentó la indescriptible emoción de Joinville á la vista de las «hachas danesas de carpintero» que llevaban los compañeros de aquel emir. A su regreso la nave del rey chocó cerca de Chipre con un escollo; los marineros le aconsejaban que marchara á otra nave; él se negó con una tranquila intrepidez que no tuvo el famoso Olivero de Termes, uno de los más valientes caballeros de su tiempo, el cual, «por miedo de ahogarse,» quiso absolutamente desembarcar. «Señores, dijo el rey á los patrones del navío, he oído vuestro parecer y el de mis gentes; ahora os diré el mío, que es este: Si bajo de la nave, hay aquí quinientas personas y más que se quedarán en Chipre por temor del peligro de su cuerpo (porque todo el mundo tiene apego á la vida tanto como yo) y que acaso nunca más volverán á ver su país. Yo prefiero poner mi persona y mi mujer y mis hijos en las manos de Dios, que causar tal perjuicio á la gente que viene en este buque.»

La grandeza de alma en presencia del peligro es una forma de la energía y no es la más rara. Luis IX, que se

(1) Declaración de Carlos de Anjou en presencia de los inquisidores pontificios, en las *Notices et Documents* publicados por la Sociedad de la historia de Francia, 1884, pág. 165.

levantaba naturalmente, en las circunstancias graves, hasta el heroísmo, dió pruebas en todas ocasiones de una fuerte voluntad. Hasta tenía, no hay que dudarlo, el carácter imperioso de su madre, de su padre y de su abuelo Felipe Augusto. La empalagosa leyenda de la benignidad angélica de San Luis está en contradicción con algunos hechos positivos. Joinville, ese confidente perspicaz y charlatán, no nos deja ignorar que el rey era inclinado á la cólera. «Puesto que os enfadáis si os piden alguna cosa, le dijo festivamente Joinville en Cesarea, cuando fué preciso prorrogar el compromiso que



Luis IX, según una miniatura del siglo XIV (Biblioteca Nacional, París.)

obligaba al senescal de Champaña á servir al rey, convengamos en que, si os pido algo este año, no os enfadaréis; y si vos me lo negáis, yo tampoco me enfadaré.» El rey se rió abiertamente; pero el senescal había dado en el blanco. Muchas anécdotas lo atestiguan. Durante la travesía de Egipto á Palestina, «el rey se quejaba del conde de Anjou, que estaba en su nave y que no le hacía compañía. Un día preguntó lo que hacía el conde de Anjou y se le dijo que estaba jugando al chaquete con monseñor Gualtero de Nemours. Y fué allí tambaleándose, á causa de estar muy débil de su enfermedad, y cogió los dados y los echó al mar, y se incomodó en gran manera contra su hermano porque había vuelto tan pronto á jugar á los dados. Pero maese Gualtero salió beneficioso, porque arrebautó todas las monedas que estaban sobre el tablero (y de ellas había un gran montón) y se las llevó.» Tanto sabía todo el mundo que Luis era irascible, que cuando la reina Margarita dió á luz su primer hijo (una niña), como se creía que el rey esperaba un hijo, nadie se atrevió á tomar el encargo de anunciarle la noticia. Es verdad que algunos testigos que declararon en el proceso de su canonización hacen elogios de su indulgencia con respecto á sus criados. Pero Joinville le vió en Hyères (Provenza) «tratar muy agriamente» á Poncio el escudero, un viejo servidor, porque no le había llevado su caballo á tiempo. Por lo demás, el rey conocía la violencia de su carácter y á me-







cuchado con más benevolencia al abad de Cluni porque os regaló ayer esos dos palafreos» El reflexionó y me dijo: «Verdaderamente, sí.—Señor, dije entonces, ¿sabéis por qué os he hecho esta pregunta?—¿Por qué?, dijo él.—Para que, señor, prohibáis á todo vuestro consejo jurado, cuando estaréis en Francia, que acepten nada de aquellos que tengan algún asunto pendiente ante vos; porque estad seguro de que, si aceptan, escucharán de mejor gana y más prontamente á quienes les hagan algún regalo, como vos habéis hecho con el abad de Cluni.» Entonces el rey llamó á todos sus consejeros y les contó lo que yo había dicho, y dijeron que yo le había dado un buen consejo...»

En resumen, Luis IX puede considerarse como responsable de la política que siguió. Hizo lo que quiso. ¿Pero qué es lo que quiso? ¿Cuáles eran sus ideas políticas?

Ciertamente, ningún hombre encargado de gobernar á los demás tuvo intenciones más rectas. «El gran amor que sentía hacia su pueblo aparece en lo que dijo á monseñor Luis, su hijo primogénito, durante una grave enfermedad que tuvo en Fontainebleau: «Querido hijo, te ruego que te hagas amar del pueblo de tu reino, porque en verdad preferiría que un escocés viniera de Escocia y gobernara bien el reino, á que tú lo gobernases mal.»

Luis IX, según declaró en su testamento espiritual dirigido al futuro Felipe III, entendía por gobernar bien: no retener los bienes ni los derechos de otro, procurar que los súbditos vivan en paz y con rectitud, no guerrear contra los cristianos más que en último extremo, apaciguar las disputas «como hacía San Martín,» impedir á su alrededor el pecado y la herejía. Porque la dignidad real era en su concepto, y según la expresión de Guillermo de Chartres, un verdadero «sacerdocio.» Se dirigía á sí mismo á la luz de dos ideas: la del derecho, la de la salvación. «Preocupado más de lo que pueda creerse por la salvación eterna de las almas,» le parecía natural castigar como delitos los pecados públicos: blasfemia, usura, prostitución, herejía, y sacrificarlo todo, á pesar de la evidente repugnancia de su pueblo, á las cruzadas de ultramar. Penetrado de la máxima, más feudal aún que cristiana: «A cada uno lo suyo» (1), no creía que la usurpación de los derechos adquiridos por el prójimo, la expoliación, el robo, prohibido entre particulares por la moral vulgar, fuese legítimada por la razón de Estado; á las pretensiones injustas, es decir, ilegales, nuevas, aunque fuesen del emperador ó del papa, sabía, para la defensa de su derecho, oponerse con tranquilidad; pero toda conquista era odiosa á sus ojos. Era tan grande en su concepto

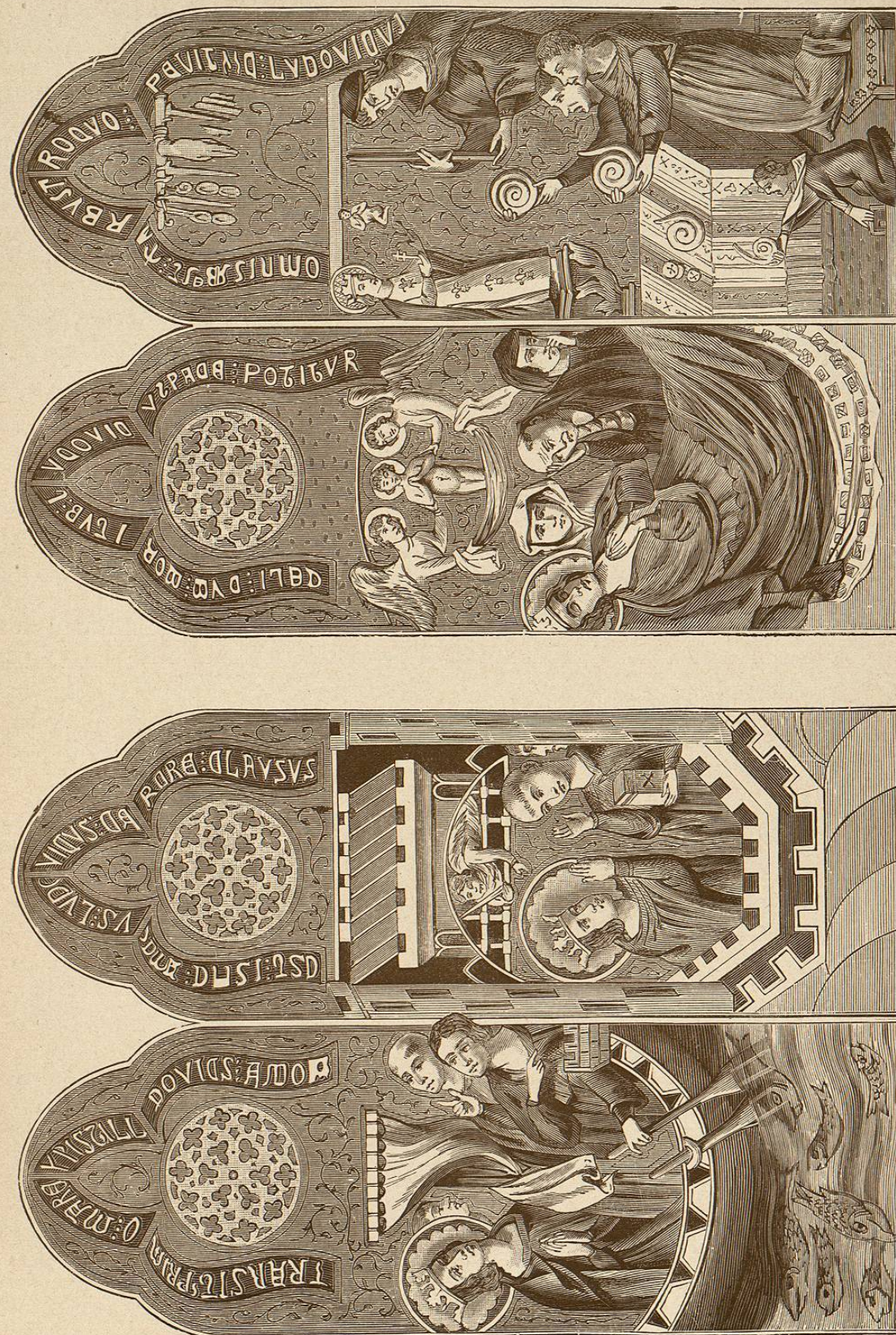
(1) O bien, como dice Felipe de Beaumanoir: «Todas las novedades están prohibidas.» Quizás no hay rasgo más característico del respeto de San Luis al derecho ajeno, que el siguiente referido por el confesor: «Mientras el rey estaba oyendo en el cementerio de la iglesia parroquial de Vitri el sermón de fray Lambert, de la orden de los hermanos predicadores, sentado á los pies de dicho fraile en presencia de una gran multitud de pueblo, ocurrió que en una taberna bastante próxima al cementerio una reunión de gente metía mucho ruido, impidiendo oír el sermón. Entonces el rey preguntó á quién correspondía la justicia del lugar. Se le respondió que á él, é hizo cesar el ruido por mediación de sus celadores. Y se cree que hizo preguntar á quién correspondía la justicia para no usurpar la jurisdicción ajena.»

el beneficio de la paz, que consintió varias veces en hacer sacrificios á fin de procurarla á su país y á sus vecinos. Tenía por principio reconciliar á sus adversarios en vez de aprovecharse de sus contiendas: «Con ocasión de esos extranjeros que el rey había apaciguado, algunos de su Consejo le decían que no hacía bien en no dejarles guerrear, porque si les dejaba empobrecer mucho, no se le echarían encima como si fueran ricos. Y el rey decía que esos consejeros no tenían razón, «porque si los príncipes vecinos veían que yo les dejaba guerrear, se me echarían encima á causa del odio que tendrían contra mí, de lo cual yo podría salir perdiendo, sin contar que merecería el rencor de Dios, quien ha dicho: *Benditos sean los apaciguadores...*»

Predicada doscientos años antes, la política caritativa de San Luis hubiera quizás mantenido la realeza de Francia en la medianía de sus orígenes. Pero en el siglo XIII la dinastía de los Capetos era ya bastante fuerte para prescindir del lujo costoso de un príncipe idealista. Luis IX no tuvo que arrepentirse de haber procurado á Francia, entre las épocas terribles de Felipe Augusto y de Felipe el Hermoso, el reposo y la tranquilidad de un reinado pacífico y justo. Fué honrado, fué temido. «Le temían, dice Guillermo de Chartres hablando de los barones, porque sabían que, era justo.» Es quizás el único rey, hombre de bien, que respetado durante su vida, haya sido incluido después de su muerte entre el número de los grandes reyes.

Es cierto, sin embargo, que por sencillez, por candor, por ignorancia, rescate de su perfecta santidad, cometió faltas graves.

Toda su campaña de Egipto fué preparada y conducida con una insigne torpeza. El rey Haakón de Noruega, á quien Luis trató de llevar consigo á ultramar, le engañó. En Chipre, en 1248, llegaron al campamento de los francos los embajadores del khan de los tártaros, emperador de China, enemigo de los musulmanes, que ofrecía ayudar á los cristianos á vencer al soldán de Egipto y á conquistar la Siria. El rey los recibió «muy benévolamente» y no encontró nada mejor que enviar al khan Meungke, por mediación del monje Rubruquis, «una tienda de escarlata hecha en forma de capilla, en la que estaban entalladas por medio de imágenes la anunciación de Nuestra Señora y todos los otros puntos de la fe, cáliz, libros y todo lo que se necesita para cantar misa;» él quería de este modo «traer á los tártaros á nuestra creencia,» y los monjes portadores de esta capilla estaban encargados de enseñar al khan «cómo debía creer;» de esta suerte se ganó una respuesta muy caballerosa y se salvó la Siria musulmana. Entre Damietta y Mansourah, y durante la retirada, el jefe del ejército acumuló las faltas; las narraciones de testigos tales como Joinville, Juan Sarrazin y el continuador anónimo de éste así lo demuestran. Luis IX no comprendió nunca nada del Oriente ni del islamismo: cuando fué capturado por los musulmanes, corrió entre los cruzados el absurdo rumor de que los emires iban á elegir al rey franco, su prisionero, en substitución del soldán fallecido; interrogado por Joinville si, dado caso, hubiera aceptado el «reino de Babilonia,» declaró que «verdaderamente, no lo hubiera rehusado.» Pero fué en 1269 cuando el gusto de Luis IX por la propaganda le cegó más que nunca y que se reveló claramen-



SAN LUIS CAMINO DE TIERRA SANTA.—PRISIÓN DE SAN LUIS.—MUERTE DE SAN LUIS.—MILAGROS DE SAN LUIS  
(Antiguas vidrieras de la iglesia de Saint-Denis)